



Lorimar

Guillermo Zapata Romero

Lorimar

Marzo de 2019

Andrés Merino encontró a su amigo imaginario en el salón de su nueva casa.

Fue el primer día que iba a nadar después de que Elena (su mujer) y él hubieran terminado la mudanza. Cuando digo terminado quiero decir terminado. No con las cajas sin abrir, sino el final real de todo ese proceso agónico, al terminar la prueba más estresante para cualquier pareja, con todo ya colocado en sus estantes y las propias cajas tiradas al contenedor del papel.

Ese día, por la tarde, decidió que iba a retomar la natación, llamó a su hermano mayor y se fue a nadar. Hicieron 24 largos porque su hermano estaba cansado (lo cual era raro en él, que tenía una forma física excelente y siempre hacía deporte). Andrés, a pesar del poco ejercicio que habían hecho terminó medio mareado. Al salir se bebió una Coca Cola que le sentó de fábula y le hizo pensar, a la vez, que todo el esfuerzo hecho en la piscina había sido inútil con los azucares del refresco.

Fue allí, en una terraza desangelada cercana a la piscina municipal, cuando su hermano le dijo que le habían diagnosticado cáncer, y al volver a casa, con el pelo aún mojado, frío – porque era invierno – y con esa sensación de percepción agudizada que da la mezcla de ejercicio y viento invernal, se encontró a su amigo imaginario.

En realidad no se podía decir al ciento por ciento que hubieran terminado la mudanza porque aún quedaba la conexión a Internet. Se suponía, así lo había prometido la operadora con la que habían hablado por primera vez para cambiar la línea, que en menos de siete días tendrían la línea traspasada, pero el séptimo día había llegado y la línea no había aparecido.

Estaba sentado en el sofá del salón intentando jugar a un juego de la playstation que, debido a la falta de conexión, no terminaba de arrancar. Llevaba una camiseta bastante chula de colores vivos en franjas horizontales y pantalones vaqueros. Andrés ya la había visto antes, pero no quería pensar dónde, así que bloqueó ese tren de pensamiento. Seguía siendo más flaco que Andrés, más atractivo y más carismático, con los ojos negros y grandes, el pelo abundante, fuerte y cuidadosamente despeinado. La sonrisa medio pícara también seguía intacta.

Hacía 28 años que no le veía.

– ¡Andrés! – le dijo con un brillo de alegría en los ojos – ¿Qué pasa, tío?

Andrés no dijo nada. Se quedó inmóvil y se le aceleró tanto el corazón que pensaba que iba a tener un infarto allí mismo. Fue a la cocina (la cocina nueva era preciosa, la mejor cocina que había tenido jamás en ninguna de sus múltiples y muy precarias casas) y bebió agua. Un primer vaso veloz y el segundo, más pausado.

Su amigo imaginario seguía allí, en el alfeizar de la cocina, apoyado, con una pose medio juguetona, como un gato humano.

– Lo siento, nen. Te tendría que haber avisado que iba a venir, llevas razón. ¿No me vas a dar un abrazo?

Por si os lo estáis preguntando no era catalán. Decía cosas como “nen”, “hermano”, e incluso “colega” sin que sonaran mal en ningún contexto.

Avanzó por la cocina y Andrés se vio abrazado y cerrando el propio abrazo, estupefacto, pero había que reconocer que más tranquilo. Tocar a su amigo imaginario, sentir su volumen y su peso, lo hizo más real y eso, consiguió tranquilizar a Andrés.

– Estás mudo, macho – le dijo. Y los dos se rieron.

– Si... Si, perdona. Es que no... No te esperaba.

– ¿En serio? – El amigo invisible parecía sorprendido – Anda, anda... Pero si habíamos quedado. Yo, por lo menos, había quedado contigo.

Andrés no parecía saber exactamente a lo que se refería, o al menos no era capaz de concretarlo, como si su mente se lo birlara cuando estaba a punto de recordarlo.

– Eh – Andrés lo miró – Sin rencores.

No había nada en su tono, en su aspecto, en su forma de tocarle o de mirarle, que indujeran a pensar que era un truco, que mentía o que había algo oscuro debajo de sus palabras. Aquello asustó a Andrés más que ninguna otra cosa. La vino a la mente una frase que se le clavó, como dos alfileres, en el cerebro.

“Iba en serio”.

– Pero... ¿Por qué has venido?

Andrés se sentía idiota y abrumado. Le dolía un oído de la natación, por la presión del agua.

– Venga... ¡Andrés! No me jodas “porqué has venido”.

Se metió la mano en el bolsillo, y allí, en la cocina de su nueva casa, sacó una hoja de papel que Andrés reconoció y le hizo palidecer.

Era una cuartilla de papel grueso, de buena trama, de unos 30 centímetros de lado, que formaba parte de un cuaderno de dibujo del que había sido arrancada. Estaba sucia, como con manchas de barro y polvo, pero se distinguía perfectamente un dibujo hecho con un lápiz de color marrón. El dibujo era un laberinto circular de muros gruesos y mal pintados. En la parte superior estaba escrito “Lorimar”.

Al ver la hoja, Andrés sintió una mezcla de miedo y rabia. Apretó los puños y notó como una onda de calor se extendía por su cuerpo, desde el estómago hasta la cara y se le hacía una bola que tomaba la forma de una lágrima que, de pura rabia, se le formaba en el lacrimal. Se llevó la mano a la cara para disimular, pero fue inútil. Su amigo imaginario, su mejor amigo (y único) imaginario, se le acercó y posó su mano izquierda (masculina, bien cuidada, pero con – ahora que estaba tan cerca de Andrés podía verlo– manchas de barro debajo de las uñas) sobre los hombros de Andrés.

– Andrés, escucha una cosa, tío – le dijo – Cuando digo que “sin rencores” es “sin rencores” y lo digo en serio. He estado pensando. He tenido tiempo de pensar mucho, ¿sabes? Y he pensado que es posible que cuando éramos niños no estuvieras preparado. Es normal, tú eres real y yo no. Tú tienes... en fin, sufres. Yo no.

Le sonrió.

– Es normal que con doce años no hiciéramos lo que había que hacer. Pero ya no tenemos doce años. ¿o no?

Andrés negó con la cabeza.

– Exacto. Entonces, quiero que pienses en ésto. Yo estoy aquí, y he venido a ayudarte. ¿Si?

Por primera vez, Andrés sintió algo diferente al escucharle. No un miedo paralizante por la determinación de su compañero imaginario, sino una mezcla de alivio y curiosidad que, aunque no dominaba totalmente los sentimientos de miedo, estaba ahí, como una pequeña bola de papel de plata aún luminosa.

– Supongo que tienes que pensar en todo ésto.

Se separó de él y le volvió a sonreír. Después junto las dos manos como en una palmada que no termina de darse y se giró, otra vez como un bailarín o, de nuevo, un gato elegante.

– Entonces, mañana te vengo a buscar. Llama a Alicia.

Era lo que le faltaba por oír a Andrés, que volvió a estar dominado por el miedo y notó como la camiseta se le llenaba de un sudor perlado y frío.

Debió perder la noción del tiempo un segundo porque cuando pestañeó quién estaba frente a él era Elena.

– ¿Qué? – dijo Andrés.

– La llamada. Amor, que si has llamado a los del Internet.

– Si – dijo Andrés, pero estaba hablando en automático. En realidad no lo había hecho y su propia mente le obligó a volver atrás – No. Quiero decir, iba a hacerlo ahora.

Ella le sonrió y le hizo un gesto con la mano indicando que a qué andaba esperando, cómo invitándole a pasar. Miró a la encimera de la cocina y ahí estaba, el papel de dibujo, como si hubiera sido él mismo el que esa mañana se hubiera levantado muy pronto, hubiera ido a recuperarlo y luego a natación con su hermano y la visita de su amigo invisible fuera nada más un episodio alucinatorio.

Llamó a la compañía telefónica. Explicó que Internet debía haber llegado, como el maná de los cielos, hacía ya 24 horas. Explicó que su ausencia era un problema de orden capital. Que trabajaban en casa (no era cierto porque Andrés estaba desempleado en ese momento) Que era un compromiso. Le garantizaron que al día siguiente darían de alta la línea. Le pidieron disculpas. Dijeron que era un error suyo, que lo sentían. Que lo sentían DE VERDAD.

Cuando colgó, Andrés se sentía agotado. Agotado de utilizar una falsa amabilidad que le había llevado a ninguna parte, agotado de que el asunto no se resolviera y quedara coleando. Elena dijo que si al día siguiente no estaban iban a cambiar de compañía y Andrés intentó aplacarla. La línea original la había contratado el propio Andrés porque estaba relacionada con los datos de su teléfono. Llevaba 10 años sin cambiar y la idea de hacerlo le generaba auténtico pánico.

Iban a ver La Casa de Papel, pero no pudieron verla porque no había internet. Valoraron incluso tirar de los datos de teléfono de uno de los dos. En vez de eso se quedaron en el sofá mirando el móvil, jugando al Candy Crush y leyendo twitter.

Andrés se quedó dormido con el móvil en la mano al poco de cenar y se despertó a las once de la noche. Estaba sólo. Al principio se asustó de no ver a Elena, pero luego, entre brumas, recordó un beso y un “me voy a la cama”. Se desperezó con el cuerpo dolorido y el cerebro entumecido. Encima de la mesa estaba el dibujo del laberinto. Recordaba que durante la tarde Elena lo había cogido mientras charlaban, como si formara parte de algún tipo de atrezzo de la casa, algo poco importante que habría caído por ahí en la mudanza o que saldría de alguno de los cuadernos de dibujo de Andrés.

Lo cogió entre sus manos y lo miró un buen rato, como con la esperanza de que le dijera... “Algo”. Pero no le devolvía más que los trazos infantiles y el nombre encima del dibujo, nada en si. Todo lo que traía asociado ese dibujo no estaba en el propio dibujo, sino en el tiempo que pasó encerrado en ese laberinto acompañado de su amigo imaginario cuando tenían doce años.

Es una forma de hablar, por supuesto. En realidad nunca jamás estuvo encerrado en ningún laberinto. No era como otros chicos que iban a jugar a la zona abandonada del polígono o a las trincheras de la casa de Campo, o a los soportales de la urbanización de sus padres y se inventaban juegos o se escondían en un agujero cerca del Manzanares y se imaginaban que estaban en una gruta. El laberinto de Lorimar, ese era el problema, no tenía paredes. Se puede decir, así lo sentían entonces Andrés y su mejor amigo, que habían nacido dentro de él. Eso fue lo que le dijo cuando eran pequeños, al poco de conocerse.

“Andrés, tío. Andrés, hermano, colega, chato viriato. Andrés. Lo que has dibujado aquí no es un laberinto que tengamos que buscar. Es el laberinto en el que ya vivimos, ¿me entiendes? Lo que tenemos que hacer es escapar”

Andrés volvió a coger el teléfono y le mandó un mensaje a su hermano. “No te preocupes. Va a ir bien”.

Su hermano le respondió al momento. “No le cuentes nada a nadie, por favor. Eres el primero en saberlo”.

La velocidad de la respuesta indicaba que su hermano estaba despierto en ese momento. Andrés se levantó y se fue a la cama, donde Elena ya estaba durmiendo. Se acostó y se quedó mirando al techo. Como cada noche, en la oscuridad, se concentró en el sonido de los pocos coches que pasaban cerca de su casa para intentar relajarse. Como cada noche, repasó su vida hacia delante y hacia atrás. Pronto cumpliría 40 años. Como cada noche, una cadena de pensamientos le llevó de su nacimiento hacia su muerte. Lo más probable – pensó, como muchas otras noches – es que vaya a vivir menos de lo que ya he vivido. Pensó que estaba en paro, que no iba a vivir de sus dibujos ya. Si no vivía ya de ellos, no pasaría. Encontraría trabajo, casi seguro, pero ya no sería ese plan A que cubre para el plan B. Sería el único plan. Pensó en su hermano y tuvo un sentimiento terrible... “Ha vivido mucho más de lo que creíamos que iba a vivir”. Ese sentimiento le provocó un ataque de pánico. No era algo raro, los tenía de manera regular, especialmente si se acostaba sin estar muy cansado. Le aceleró el corazón hasta sentir que iba a sufrir una especie de infarto y quiso chillar, en medio de la noche.

Al contrario que tantas y tantas noches de tantos y tantos años. Esta vez lo último que hizo antes de dormir fue mandar un mensaje de whatsapp a Alicia.

El mensaje decía.

“Hola Ali. ¿Fuiste a la última Qdada el grupo? Hoy estuve pensando en Lorimar. ¿tú piensas en ello alguna vez?”

Se quedó mirando la pantalla, como si tuviera una luciérnaga metida en la cama, hasta que a las dos y treinta y ocho de la madrugada recibió una respuesta.

“Hola An. Pienso en Lorimar, claro. A ver si nos vemos”

Andrés se durmió abrazado al teléfono.

Descansó de maravilla, pero dio lo mismo. Se despertó con un fuerte dolor de cabeza que le puso inmediatamente de mal humor. Elena ya no estaba en casa. No sabía ni qué hora era, sólo que entraba luz intensa por la ventana. Se sentó en la cama y se recordó que, a pesar de que tenía paro hasta dentro de casi 8 meses, llevaba ya tres sin trabajar. El dolor de cabeza, sin embargo, no le dejaba concentrarse. Era intenso, concentrado en la zona posterior del ojo. Se tomó un paracetamol y un buen café (Elena había dejado hecho)

Aún estaba en pijama y con la bata puesta cuando sonó el telefonillo de casa. No lo cogió a la primera, suponiendo que se trataría de propaganda o algo similar, pero cuando el timbre había sonado cuatro veces, decidió que no iban a parar si no descolgaba.

– No queremos nada, gracias – intentó usar el tono más malumorado posible, pero no le salió muy bien.

– ¡Andrés! Tronco, que estoy aquí abajo desde hace 40 minutos. ¿No bajas?

Era su amigo imaginario, otra vez. Con su tono de voz jovial y desenfadado. Ni siquiera había una leve nota de enfado por la supuesta espera de esos 40 minutos. Nada.

– Eh... Me acabo de despertar.

– Venga, te espero.

Colgó. No parecía que fuera a marcharse. Andrés se sentó de nuevo en el salón y siguió con su café, pero ahora nervioso. ¿Por qué había vuelto? ¿Por qué seguía aquí?

Encima de la mesa estaba el papel con el dibujo de Lorimar. Se quedó mirándolo. ¿Y si volvía Elena de trabajar y se lo encontraba? Que él supiera, jamás nadie había visto a su amigo imaginario. Era, como su propio nombre indica, un producto de su imaginación. Pero Andrés sabía que lo llamaba así por seguridad, como un mecanismo que tenía su cerebro para protegerle de otra cosa. Porque su amigo imaginario tenía peso, tenía... “Presencia”. Y además... Bueno, estaba todo lo demás.

La cabeza le pulsaba como un demonio y se encontró de pie, caminando nervioso, como si movimiento pudiera calmarle. En ese momento sonó el teléfono.

– ¿Sí?

Al otro lado, una voz de mujer dulce y latinoamericana que dijo llamarse Evelyn le preguntó si estaba satisfecho con el servicio que la compañía de teléfonos le había proporcionado hasta ese momento. Y si las personas que se habían puesto en contacto con él habían sido tan fabulosas y sorprendentes como cabría esperar.

– No tengo línea todavía – dijo Andrés.

“Lamentamos mucho escuchar eso, señor Merino, quiere que deje constancia de la incidencia...”

– No. Quiero que lo arreglen.

Andrés pensó que, quizás, si no dejaba constancia de la queja podría cancelarse todo el proceso y que pensarán que ya tenía conexión. Así que, con un enorme esfuerzo y tras detenerse dos segundos para retomar la conversación, dijo.

– Quiero decir que sí, que por favor ponga la queja. Porque no han cumplido su palabra ninguno de tus dos compañeros.

“Lamento profundamente que se haya dado esta situación. Procedo a poner la queja correspondiente. ¿Puede explicarme la naturaleza de su problema?”

No se podía creer que estuviera hablando con un ser humano. Suspiró, se sentó, y durante los siguientes diez minutos estuvo explicando los pormenores de la situación que vivía, haciendo énfasis en que se le había GARANTIZADO una conexión que no había llegado.

Al colgar se sentía vacío y un poco ridículo.

Se vistió y salió a la calle.

Su amigo imaginario estaba apoyado en un roble enorme (sin hojas en ese momento) que había junto a la casa de Andrés. Llevaba un abrigo azul precioso y una de estas bufandas-braga de punto de colores grises que combinaba a la perfección. Le señaló con el dedo.

– Has tardado, pero aquí estás – le dijo – ¿Lo tienes claro?

Andrés se encogió de hombros y decidió que no había manera de quitarse de encima esa situación si no la aceptaba un poco.

– Mira – le dijo – Creo que te equivocas. Que te equivocabas cuando éramos pequeños y que te equivocas ahora. Lorimar no existe. No es más que... un dibujo, una cosa que hice y con la que jugábamos en el colegio. No es nada más.

Su amigo no perdía la sonrisa. Al contrario, parecía encantado con la predisposición crítica de Andrés.

– Pero, como insistes en venir, y en demostrarme que me equivoco... Vamos a jugar.

Su amigo se puso en marcha.

– Eso es todo lo que necesitaba oír.

Y empezó a andar delante de él con la cadencia de un baile, como un maestro de ceremonias que mueve un bastón de mando invisible.

Fueron hasta el coche de Andrés, que le dijo a su amigo invisible que tenía que conducir él. Era una manera de probar hasta qué punto su presencia era real o no. No tuvo ningún problema. Al contrario, estaba encantado de conducir, le encantaba conducir, conducir era todo lo que había venido a hacer a este mundo.

“Si esto es un episodio psicótico de algún tipo, en realidad estoy hablando conmigo mismo y conduciendo por mi cuenta. Así que, en realidad, da igual si conduce o no”, se dijo. Pero no se lo creía. Prefería estar loco. Si estaba loco todo iba bien.

– ¿Llamaste a Ali? Dios, tengo ganas de verla. ¿Ha cambiado mucho? No me lo digas, no me lo digas.

– Tú nunca la ves – dijo Andrés.

– Si, bueno, ya me entiendes, yo no aparezco porque entonces...

Hizo un gesto como de susto.

– Pero si tú la ves, es suficiente. Para mi, quiero decir. Es así como funciona.

– ¿Cómo funciona qué? – Dijo Andrés.

– Lorimar.

Nueva sonrisa.

Andrés cayó en ese momento en el lugar al que se dirigía su amigo con el coche y sintió que se mareaba. Y casi como si él lo hubiera notado (quizás así era) le dijo.

– No va a ser agradable, pero si queremos hacer ésto es necesario. Hay palas en el maletero.

Detuvieron el coche a los pies de la ladera de tierra, a unos dos kilómetros de la encina. Efectivamente, en el maletero había dos palas que Andrés no recordaba haber metido allí. Empezaron a subir por la ladera de arena y piedra, que se iba haciendo más y más pronunciada. A unos 300 metros del árbol, Andrés no lo soportó más y vomitó.

– Lo siento muchísimo, colega. Si pudiera hacerlo yo sólo ya saber que lo haría, pero... ¿Quieres que esperemos un poco?

Andrés se sentó en la ladera. Se quitó los restos de vómito de la comisura de los labios. Todo parecía irreal. Su amigo imaginario le puso una mano en el hombro y se sintió inmediatamente reconfortado.

– Te dije que sin rencores y lo mantengo. Eramos niños.

La encina había perdido sus hojas también, pero la estructura del tronco y las ramas seguía siendo enorme. Hacía mucho que Andrés no había ido hasta allí. Desde que tenía 12 años. A los pies de la encina había tierra removida. Andrés miró a su amigo, que le devolvió un gesto que le hizo entender que había salido de allí hacia poco.

– ¿Por qué no lo cogiste tú todo?

– Porque tienes que hacerlo tú, Andrés. Ya lo sabes. Yo puedo ayudarte, pero no puedo hacerlo. Bastante que te llevé el dibujo.

El dibujo no era más que un recordatorio. Un mensaje. El principio. Para llegar a Lorimar necesitaban las otras herramientas.

El cuaderno secreto

El lápiz mágico

La calculadora

“Eso era todo” – Pensó Andrés.

– Andrés, no hagas eso. Sabes que no es verdad. También hará falta el martillo, como la última vez.

Así que también iba a hacer falta el martillo.

Decidió no pensarlo mucho y empezó a cavar. Confiaba en que no hiciera falta llegar a donde la última vez y que toda aquella estupidez se terminara cuanto antes y que su amigo... ¿qué? ¿desapareciera?

Cavaron juntos una media hora hasta que lo vieron. La visión hizo que Andrés tuviera escalofríos. Allí estaba, veintitantos años después. Tan real como la mano que le había tocado la

espalda hacía unos segundos. Una calculadora CASIO con las teclas pequeñas de color negro y blanco (y también naranja) un portento del cálculo a principios de los 90 y un armatoste gigante – realmente era curioso lo grande que parecía ahora, como dos veces un iPhone – a día de hoy. También había un cuaderno de color rosa que ponía “Andrés Merino” con una letra redondeada, que luchaba por hacerse adulta. Había dos cromos pegados en el cuaderno, que era de anillas y tapa dura. Las dos estaban muy desgastadas. Una era de “Corte de Pelo Marcelo” uno de los cromos más difíciles de “La Pandilla Basura”, aún se distinguía la máquina de afeitar que había afeitado tanto el pelo del niño Marcelo que le había dejado a la vista la siniestra calavera y un gusano. El otro era una fotografía de dos montañas nevadas y ya casi no se leía el “Bienvenido a Twin Peaks” que acompañaba la imagen. A la luz del paso del tiempo y el contexto, ambas parecían bastante siniestras. Ahí estaba también el martillo en cuestión. Lo menos desgastado. Mango de madera y la superficie dura de metal pulido, que mantenía intacto el color negro. Pero todas esas cosas eran lo de menos (aunque fueran las cosas que había venido a buscar) porque debajo de ellas estaban lo que parecían los restos de la piel de un niño pequeño.

Era una especie de bolsa de piel, como un cuerpo vaciado y un poco traslucido. Los ojos eran unas cuencas vacías que se habían llenado de barro y aún llevaba la camiseta de rallas horizontales y los pantalones vaqueros.

– Fue un verano de la hostia, pasara lo que pasara – le dijo su amigo imaginario de cuarenta años con una sonrisa.

Y luego se agachó, cogió los tres objetos clave y se los entregó.

Andrés no podía moverse. Estaba paralizado mirando más allá del despojo infantil, sin nada que vomitar ya. Ni siquiera olía mal. Nada. Los gusanos habrían tenido tiempo para hacer lo suyo y el tiempo y la humedad habían hecho el resto.

– Ahora, a por el lápiz.

Andrés no recordaba cómo había vuelto a casa. Para él, simplemente, había aparecido allí. La puerta se abrió y Elena se encontró a su marido sentado en el sofá con gesto estupefacto y algo imbécil, la mirada perdida, una calculadora, un cuaderno, un martillo y manchado de polvo y barro de arriba a abajo. Había puesto perdido el sofá que habían comprado de nuevo.

– ¿Se puede saber qué haces? – le dijo con una mueca entre la diversión y la extrañeza.

Andrés la miró, sin saber muy bien qué responder.

– Me voy a duchar – dijo cómo única respuesta.

Se levantó con los objetos en la mano, cogiéndolos como si fuera un padre primerizo que no sabe bien que hacer con el bebé que le acaban de entregar.

– ¿Pero dónde has estado? Tío, mira cómo has dejado el sofá... No puede ser.

El gesto de fastidio no era tanto por la suciedad en sí, como con la sensación de falta de cuidado. Con cada minuto de su tiempo que no era enteramente suyo sólo porque su pareja disponía siempre de la posibilidad del despiste.

– Perdón – dijo Andrés, que volvía de su viaje exterior lenta pero inexorablemente y empezaba a situarse en su casa – Ahora lo hago.

Limpió y se marchó a la ducha. Una ducha larga, caliente, que le vino a las mil maravillas. Sentía que el agua le arrancaba pedazos de piel muerta que caían, con la textura de una bolsa de plástico mojada al suelo, y allí se deshacían. Era como si el agua estuviera convirtiendo en un recuerdo imaginado y vaporoso lo que había visto tan sólo un rato antes con sus propios ojos. Consiguió no pensar, sólo sentir el calor, la humedad, la limpieza.

Al salir no recordaba (o quizás no quería recordar) dónde estaban los objetos que había desenterrado. Quizás, felizmente, todo había sido una especie de sueño tenebroso sin correlato material. Simplemente algo que había sido muy real mientras lo experimentaba, pero que ahora se iba desdibujado y tomando la forma de un sueño.

Durante la cena, Elena y él estuvieron charlando de cosas banales. Ella estaba contenta con un nuevo proyecto que estaban empezando en el trabajo. Nunca parecía preocupada por la falta de empleo o, en general, de rumbo, en la vida de Andrés. Confiaba en él de una forma casi instintiva y producía a su alrededor una especie de confort. Como la manta de un sofá o un abrazo en medio de la noche.

– Llevo todo el día con un dolor de cabeza tremendo – le dijo. Era cierto. No se le había pasado del todo a pesar de la ducha.

– Tienes un Darkseid – dijo ella divertida.

– ¿Un qué?

Elena volvió a reírse.

– Eres el único tío que conozco que no sabe nada de videojuegos.

Era cierto. La PlayStation era de ella. El no entendía nada, carecía desde niño de la necesaria coordinación ojo-mano y, además, se mareaba. Así que no, no sabía lo que era tener un Darkseid, pero le encantaba que ella lo supiera.

– El Darkseid es un juego antiguo, de PC. El diseño lo hizo Giger, el que hizo el diseño del Alien original, el de la peli. Es un juego súper siniestro. Al principio, te levantas y te duele la cabeza, juegas durante un día normal y duermes, cuando te vuelves a despertar te vuelve a doler. Total que si en los primeros tres días de juego no vas al baño y te tomas unas pastillas, en el tercer día te estalla la cabeza porque tienes un alien dentro.

No era lo que Andrés estaba esperando oír, la verdad. Aún así, intentó hiperracionalizarlo todo para quitarle cualquier resonancia con nada que estuviera viviendo, si quiera remotamente.

– Entonces, ¿si te tomas una aspirina matas al alien?
– Se ve que sí.

Elena se ríe. Le gustaba su risa. Andrés, de pronto, en medio de la cena y – aparentemente – sin venir a cuento, se incorporó de su asiento y le dio un beso. Se besaron y luego se quedaron en silencio, mirándose. Andrés se sentía bien, así que, como si su mente se despistara de lo importante, dijo.

– ¿Sabes el dibujo ese que estaba por ahí el otro día?

Elena señaló una estantería y le dijo.

– Lo he dejado ahí con las otras cosas que tenías. Bueno, menos el martillo. ¿Para qué has cogido un martillo?

La reacción fue veloz y absoluta. Sintió un profundo asco y toda la agradable intimidad que habían ido tejiendo en la cena se vino abajo. No quería seguir hablando, pero pensó (o quizás tampoco lo pensó) que sería muy raro levantarse y marcharse de una cena que iba, a priori, tan bien.

– Pensaba que había una mesa mal montada.

Silencio.

– Pero no.

Sonrisa.

– ¿Y el barro ese que te has traído? ¿De dónde te lo has traído, amor?

– Me he caído en la calle.

Las mentiras cotidianas le salían a las mil maravillas. Sin pensar. Era totalmente consciente de que ella no le creía, pero las decía con un tono que venía a sugerir “no es eso exactamente lo que ha pasado, pero es algo vergonzoso y ridículo y, si no quieres saberlo, mejor”.

– ¿Te has caído?

– Me he resbalado. Con un perro.

Elena se rió y le dio otro beso. No sirvió de nada. Andrés sentía una sensación terrible de angustia. Quería chillar. La imagen del niño con las cuencas de los ojos vacías le venía a la mente, junto a la sonrisa de su amigo invisible.

– Pensaba que estabas recuperando cosas del colegio para un proyecto, o un dibujo o así.

– Eso también.

“Un proyecto”. Bueno, vamos a llamarlo así.

– Te he mirado lo de Lorimar.

Lo dijo cómo si nada. A Andrés se le cortó la digestión, pero hizo por no moverse. No quería que nada de lo que hiciera le obligara a explicar absolutamente nada de lo que estaba haciendo.

– ¿El qué?

– Me dijiste cuando me enseñaste el dibujo ese que si sabía lo que era Lorimar, te dije que no y te lo he mirado. Pensaba que lo habías olvidado.

Silencio.

– ¿Pasa algo? – dijo.

– No, no. ¿Y qué es?

No le miraba a los ojos. No era posible que ella supiera lo que era. Ni mucho menos que lo hubiera encontrado. ¿Dónde lo iba a encontrar?

– Es el nombre de una productora de tele.

Le estaba mostrando el móvil, dónde efectivamente había una serie de imágenes de colores muy intensos que ponían “Lorimar”.

– La que hizo “Padres Forzosos”

Elena empezó a tararear la música de Padres Forzosos.

– ¿Te acuerdas? Parece que el nombre viene de los dueños, es como... una suma de sus iniciales o algo así.

Andrés tenía tal mezcla de sensaciones que no era capaz de expresar nada con ellas. Se agolpaban y surgían en oleadas, una tras otra. Estaba sudando. Un sudor frío y pegajoso, lleno de la angustia anterior. A la vez, tenía miedo. Un miedo que se había agarrado a su tripa y le estaba revolviendo la cena. Ahogó dos arcadas con el disimulo suficiente para que Elena no se diera cuenta de nada. Pero además de todo eso sentía una rabia. Una enorme rabia contra Elena. Una rabia que le era, a la vez incomprensible.

¿No era aquello una buena noticia? Lorimar, el misterio, resuelto ante sus ojos con una simple búsqueda en google realizada por su mujer. Era una productora, que producía un programa que él veía cuando ella niño. Lo que había intentando demostrarle a su amigo imaginario está ahí. Llegaría, le enseñaría el móvil y se esfumaría. Se acabaría todo.

Pero ese tren de pensamiento estaba atascado en la vía de salida, detenido por una rabia ciega.

– Han llamado los de Internet y les he dicho que quería poner una queja. No vamos a cambiar de compañía, Elena. No me da la gana. Nos están timando, pero da igual una que otra. Son todos iguales. Quiero que hagan lo que han dicho. Sino el pollo que les voy a montar va a ser de campeonato.

– Vale – Elena había cambiado de tema con la misma naturalidad con la que le había contado lo de Lorimar. Con la misma falta de dramatismo. Aquello le cabreó aún más – Pero una manera de presionarles es cambiar de com...

– ¡He dicho que no vamos a cambiar, joder!

El grito sorprendió a Elena como si viniera de otra parte porque era exactamente eso lo que estaba pasando. Y así, igual que la cena había ido tejiendo y abriendo una confianza, se cerró toda la conversación. Como un bicho bola cuando le golpeas con un palo. Elena cerró la boca, terminó de comer a toda velocidad y se llevó su plato.

Andrés ensayó el murmullo de un “lo siento”. Al gritar, toda la rabia se había evaporado y se había convertido en un agujero vacío. Elena volvió de la cocina.

– A mí no me gritas – le dijo – ¿Lo entiendes? Me voy a dormir.

Y se fue.

Andrés se quedó sólo en el salón, sentado en el sofá mirando la luz de una bombilla. Sin saber qué pensar, sintiendo sólo ganas de llorar. Estuvo reflexionando en silencio, intentando entender sus sentimientos. Cogió de nuevo el cuaderno y la calculadora y se los quedó mirando. Estaban ahí, físicamente. Su mujer los veía, igual que los veía a él.

Cogió el abrigo y se marchó a la calle. Camino con un frío helador hasta un banco no demasiado lejos de casa y allí, sacó el teléfono y llamó a Alicia.

Alicia Melán Portuño. Se sentaba dos filas más atrás que la suya. Tenía los ojos azules y el pelo rubio rizado. Era muy flaca. Se habían besado quince veces durante un mes y una semana del verano de 1995. Luego habían “roto”. En realidad, nunca había habido nada entre ellos si lo mirabas con los ojos del tiempo. Era evidente que ella estaba interesada en chicos más mayores que Andrés, pero Andrés no era capaz de verlo. Durante ese mes y una semana Andrés había sido absoluta y completamente feliz. Una felicidad tan llena de entusiasmo que, con toda probabilidad, se había pasado. Le hizo dibujos, le escribió cartas y se imaginó con ella para siempre.

Y le regaló el lápiz mágico. Y le habló de Lorimar. No el Lorimar que le había enseñado ahora Elena. Un Lorimar propio. SU Lorimar. Un lugar flotante, impoluto, perfecto, como un globo de color azul, lleno de aire. Algo sin cuerpo, ni materia. Algo propio que sólo había compartido con tres personas en el mundo. La puerta de salida.

Un mes y una semana después ella le había dicho que quería que lo dejaran. Tenían 16 años. Andrés pasó el siguiente año y pico desconcertado y rabioso, pagándolo con todo y con todos y provocando notables espectáculos adolescentes generalmente vinculados a botellones en parques. Espectáculos llenos de llantos, desprecio de uno mismo y ocasionales momentos de genio creativo, como la vez que se subió a una señal al lado de un descampado y le enseñó el culo a los coches de la autopista. De todo ello podía arrepentirse hoy, veintitantos años después, con tan sólo recrear en su mente la sensación y la mirada de sus compañeros de clase.

– Alicia... ¡Hola! ¡Hola tía, sí. Soy Andrés! Oye, ¿es muy tarde? Perdona si es... No, no, no. Sí. Te llamaba porque... Perdona que ayer te escribieran tan tarde. Ya. Sí, yo también estaba despierto... El insomnio de los cuarenta.

Se río. Sintió nervios en el estómago.

– Te llamaba por si te apetecía quedar... ¿Ahora? Eh... No, ahora yo no puedo. Ehm... ¿Igual mañana? Si. Por la mañana o a tomar un café. Sí. Y hablamos de Lorimar.

Se volvió a reír. Ella también se estaba riendo. Estaba en la calle, en un bar, parecía. A Andrés le costaba hacerse a la idea de cómo era su vida. La había visto hacía dos años en una quedada que habían montado los alumnos del instituto y, desde entonces, se habían escrito alguna vez por facebook y whatsapp, pero no se habían visto.

Colgó y respiró el frío nocturno y la sensación de paz. Algo en su imaginación pensaba que su mejor amigo iba a aparecer justo en ese momento, de detrás de un árbol o justo a su lado, como una clara proyección de su imaginación. Si, eso le habría tranquilizado. Pero no había nadie.

Volvió a casa y se metió en la cama. Justo antes de dormirse le mandó un mensaje a su hermano.

“¿Cómo lo llevas? ¿Necesitas algo?”

Como la noche anterior, a los pocos segundos recibió una respuesta casi inmediata.

“Estoy bien. Gracias por escribir. Te quiero, hermano”.

No le respondió. Sintió una ganas enormes de abrazar a Elena. Ella no le expulsó, sino que le acogió en sus brazos, le dio un besó y le murmuró “eres un gilipollas” y descubrió, justo antes de dormirse, que ese insulto susurrado, era lo que mejor le había sentado de toda la noche. A la mañana siguiente se encontró con su amigo imaginario en el parque, cuando bajó a por el pan.

– ¿Y bien? – le dijo.

– Y bien, ¿qué? – Respondió Andrés.

– Llamaste a Alicia, ¿no? ¿Habéis quedado?

– Esta tarde.

El amigo imaginario dio un saltito desde el banco y dibujó una especie de pirueta acompañada de un “guau” que, lejos de ser ridícula, parecía sacada de un musical dónde toda exageración está perfectamente acompañada y tiene todo el sentido.

– Pero da igual, ¿sabes? Elena me enseñó ayer lo que es Lorimar. Es una productora, de cuando era pequeño.

El amigo invisible se le quedó mirando. Se agachó delante de él como si le hablara a un niño pequeño. Se rió de forma exagerada y luego recuperó su sonrisa de lobo.

– Por favor – dijo – No me hagas reír. Sabes perfectamente que el nombre es lo de menos. Siempre lo has sabido. Claro que Lorimar es el nombre de una productora. También es el nombre de la puerta de salida. ¿Sabes por qué?

Andrés negó con la cabeza.

– Porque tú le pusiste ese nombre. Es cómo decir que un perro ya no existe porque el nombre que le pusiste era el de una película o de una canción. Le ponemos nombres a las cosas para explicarlas, pero eso no significa que no existan.

La forma en la que lo dijo, la convicción y la naturalidad, le desarmaron por completo. Andrés se quedó sin argumentos y se limitó a mover la boca sin emitir ningún sonido, como un pez idiota.

– ¿Te vas a acostar con ella?

– No.

La respuesta fue directa, contundente y automática. Su mejor amigo parecía confundido.

– ¿Ni siquiera lo has pensado?

– No.

Andrés se preguntó si era cierto. Las dos respuestas le dieron miedo. No se le había pasado por la cabeza hacer nada con Alicia, en la que hacía años que no pensaba. Sin embargo, la pregunta implicaba muchas cosas en relación a su amigo imaginario. Si era un producto de su imaginación, entonces sí que había pensado en ello. Si no era un producto de su imaginación... ¿Entonces qué era?

– Andrés, se te ha quedado cara de tonto.

Su mejor amigo le estaba mirando, divertido.

– No le des tantas vueltas a las cosas. La última vez no nos hizo ningún bien.

– Sobre todo a ti.

Lo dijo sin pensar, en tono de broma, y en el momento en que lo dijo sintió que había cometido una terrible equivocación y sintió miedo. Giró la cabeza y su amigo ya no estaba. Una bola de vértigo se le formó en el estómago y se sintió como suponía que se sentía el coyote en esos segundos previos a despeñarse por el barranco tras no haber capturado al correcaminos.

Se sentó, un poco mareado. Estaba sudando. Un sudor perlado y frío que le recorría todo el cuerpo. Tuvo una nueva sensación de ausencia, más breve que en otros momentos y se descubrió con el móvil en la mano sin coger una llamada entrante de un teléfono desconocido.

– ¿Diga? – dijo, recuperando levemente el sentido de sí mismo.

Una voz de mujer llamada Gloria, de acento nuevamente latinoamericano, le preguntó su nombre y le indicó que era supervisora de la compañía telefónica que tenía la obligación de ponerles internet en casa. Que sentía el tiempo que estaban esperando y que era consciente de las inconveniencias que les estaba suponiendo. Le indicó también que habían identificado el motivo por el que su conexión estaba siendo dificultosa y que estaba relacionado con un repetidor (no usó esa palabra, pero eso entendió Andrés) y que su zona estaba fuera de su cobertura.

– Pero su compañero, con el que hablé la primera vez me dijo que no había ningún problema.

Al parecer, se trataba de un LAMENTABLE error que ya había sido comunicado a la compañía. Le daba las gracias porque gracias a su información habían podido resolver el proceso.

- ¿Entonces está resuelto?
- Efectivamente.
- Ya nos van a poner Internet.

Lamentablemente, por desgracia, desconsolada por la situación, debía explicarle que, con gran dolor de su corazón, se debía iniciar un nuevo procedimiento. Pero que, en realidad, era una suerte, porque al haber conseguido cobertura completa en esa zona, gracias a que el nuevo repetidor (no dijo que era un repetidor) era de una generación superior a los que utilizaban habitualmente en su compañía, iba a poder tener un programa puntos plus con televisión.

Andrés y Elena ya habían dicho que no querían ese programa la primera vez.

- No queremos ese programa. Ya se lo dije a su amigo.

La mujer le explicó que por desgracia ella no tenía acceso al expediente de compra abierto por su compañero. Andrés pensó en explicarle todo lo que se le estaba pasando por la cabeza, pero estaba demasiado agotado.

- ¿Entonces cuanto va a tardar?
- Siete días.

Lo dijo con la misma alegría con la que unos padres enseñan los regalos el día de Reyes a sus hijos. Una alegría completa, desbordante.

- Quiero que me ponga con el departamento de bajas. Voy a cambiar de compañía. Ya está bien.

En realidad, como su pedido había sido cancelado sin su permiso, no era necesario dar nada de baja. Y ni siquiera en ese momento se atrevió a decir que quería que le quitaran la línea del teléfono. La idea de quedarse sin internet también en el teléfono y sin sus apps, se le hizo imposible. Así que bastaba con llamar a otra compañía y pedir que le pusieran la línea.

Cuando colgó pensó durante unos segundos en los usos que le había dado a su móvil en las últimas semanas. Se quedó con “escribir por whatsapp” y “El juego de los dragones” (un juego de alimentar dragones que le tenía totalmente enganchado) y se sintió deprimido. Cada llamada de la compañía de teléfonos le generaba ansiedad y, al terminar, sentía una enorme impotencia. Se preguntó entonces si su mejor amigo imaginario había aparecido porque no tenían Internet.

Ese pensamiento le hizo sonreír, pero lo cierto es que su amigo no había vuelto.

Alicia tenía un aspecto que le costó identificar. Tenía una belleza que se había intensificado con el tiempo. Como si a su cara le fuera mejor el reposo de un cuerpo que se va asentando, que el desafío brillante de un cuerpo joven. Pero al mismo tiempo había algo en ella que no terminaba de estar bien. No era su aspecto, sino más bien algo en sus movimientos que denotaban un nervio. Una especie de criatura moviéndose debajo de la serenidad de su aspecto.

Se vieron en un café cercano a su trabajo. Nunca se habían visto solos desde que dejaron de salir cuando tenían 16 años. Andrés se dio cuenta de inmediato de que no sabían bien como hablarse. Había un desajuste temporal. Algo que con el móvil no notaba. El juego de los mensajes, sin carne, sin cuerpo, les hacía volar hacia atrás, hacia la magia y la intimidad de estar juntos cuando eran adolescentes. Pero ahí, mirándose a la cara, aún con el cariño que se tenían (o que al menos Andrés sentía por ella, porque era incapaz de saber lo que pensaba ella de él) se superponían dos tiempos, pasado y presente, que producían una extrañeza sobre la que tampoco sabían qué decir.

Así que iniciaban una palabra que era interrumpida por otra, que se sucedía de una risa, de una mirada o de un nuevo intento de conversación. Al final ganó la forma más superficial de la charla.

– ¿Qué tal estás? – Dijo Andrés.

Alicia hizo “un mohín”, resopló y miró a su alrededor intentando enfocar una pregunta.

– Pues no lo sé, la verdad. Estoy... No lo sé. Soltera.

Se rió.

– Mi chico y yo rompimos hace dos meses y no... No lo sé, la verdad. No me siento en el mundo. Hay días que estoy bien, y me apetece salir y estar con gente y de pronto me doy cuenta de que es martes y me he metido tres cubatas y estoy en un bar con gente diez años más joven que yo... Y entonces pienso que, “qué coño estoy haciendo con mi vida”. Al día siguiente me quiero morir porque ya no aguanto bebiendo como antes, lógicamente. Luego estoy cuatro días metida en casa como un trapo, viendo series y llorando. Me entra rabia por llorar, me digo que me tengo que centrar y así... Una rueda.

Andrés no sabía que decirle. No encontraba en ella nada de la persona a la que había amado profunda e irracionalmente. Así que fue a buscarla.

– Era más fácil antes, en el instituto – dijo, como intentando construir una reflexión filosófica de tres al cuarto sobre la nostalgia.

Empezó a pensar si había sido buena idea quedar con ella y también por qué se le había agotado la energía por verla tan rápido.

– Es muy raro – dijo ella – mirar atrás y pensar que el momento más feliz de tu vida es de cuando tenías dieciséis años. Primero porque con dieciséis no lo sabes. No sabes que ese momento, esos... dos, tres años, son lo mejor de tu vida. No debería ser así.

Andrés seguía perdido, si hubo un momento horrible en su vida fue el tramo entre los doce y los dieciséis, salvo el mes y una semana que pasó con ella. No sabía cómo responder, así que esta vez fue ella la que salió a rescatarlo.

– Me gustó mucho que me llamas. Bueno, que me mandaras el mensaje.
– Me entraron ganas de charlar, supongo. Por los viejos tiempos.

El cuerpo es muchas veces un radar mucho más fino que los pensamientos para saber lo que realmente sentimos. Al decir aquello, Andrés sintió nervios y como los pelos del brazo se le erizaban.

¿Estaba mintiendo? ¿Qué hacía allí?

– No quiero mentirte – dijo Andrés, intentando tirar de ese hilo – Te escribí porque te quiero pedir una cosa que es un poco rara, pero que...

Ella le sonrió, interesada.

– ¿Qué cosa?
– No es... O sea, no es lo que piensas.
– No sé lo que piensas que pienso.
– Toda la razón. No tengo ni idea. Te escribí para pedirte el lápiz. El lápiz de Lorimar.

Ella pestañeó un par de veces, miró a su derecha y luego soltó una especie de pedorreta carcajada.

– ¿En serio? – dijo, divertida.
– ¿Todavía lo tienes?
– Pues claro que lo tengo, es lo más romántico que nadie ha hecho nunca por mí. No iba a tirarlo.

Andrés había tirado cada recuerdo que tenía del instituto. Alicia parecía divertida.

– Espero que no te parezca mal que te lo pida.
– ¿Mal? No. Es raro, joder.

Lo era. A Andrés le empezó a dar vergüenza estar allí.

– ¿Para qué lo quieres? ¿Vas a intentar ir?

El tono era una especie de desenfado, mezcla de curiosidad, mofa y probablemente algo de ligoteo.

– No sé lo que voy a hacer con el, pero estoy recuperando cosas de esa época. Mi hermano tiene cáncer.

Y a veces es al revés. A veces en lenguaje, sin que haya un proceso racional de por medio, al menos aparente, une con puntos lo que era invisible.

– Quiero... No sé, quería dárselo.

De pronto, notó que le entraban ganas de llorar.

– No se lo había dicho a nadie. Mierda.

Alicia se levantó y se sentó a su lado. Se rompió toda tensión entre ellos, le agarró una mano, le abrazó y le pasó la mano por el hombro.

– Andrés... – le susurró – Andrés... Tú hermano va a estar bien. Sale de estas. Sale de todas.

Se limpió las lágrimas y se recompuso.

– ¿Sigues tan guapo como siempre?

Su hermano tuvo mucho éxito en el instituto. Tanto por el accidente como por una especie de ausencia que le acompañaba siempre y que, suponía Andrés, le daba una carga de misterio incluso hoy, casado y con dos niños, la gente lo veía y no era capaz de identificar qué hacía o qué era.

– Parece diez años más joven, el cabrón.

Se rieron. Alicia le dijo entonces que podían quedar otro día para lo del lápiz de Lorimar y Andrés sintió la necesidad de tenerlo cuanto antes. Así que la acompañó. De alguna manera tácita, Andrés sabía que no iba a entrar en su casa. Que la intimidad (o la distancia, en realidad es lo mismo a un lado u otro de la frontera) llegaba hasta ahí. Subieron juntos en el ascensor, ella entró y, al poco, salió con un lápiz de color azul cielo. Se lo entregó, como en una carrera de relevos en la que se pasa un testigo, sólo que contaba al revés, y ahí terminó todo.

Al cerrarse la puerta, Andrés supo que no volvería a verla. Y tuvo la sensación también de que nada de lo que había estado pasando tenía mucho que ver con mirar hacia atrás, como quizás había supuesto, sino más bien con aquí y ahora. En realidad no lo sabía.

Llegó a su casa. No había nadie. Elena llegaría en un par de horas. Dejó el lápiz encima de la mesa, fue a por el dibujo y lo puso a su lado, con el cuaderno y la calculadora. Se quedó mirando aquello, que al verlo todo junto, parecía despojado de épica o de sentido. ¿Qué iba a hacer?

En ese momento le llamaron al teléfono, un número largo, desconocido, como de centralita.

– ¿Se te han pasado ya las ganas de hacer bromitas?

Era su amigo imaginario. Su tono era de rencor y dolor. Al escucharle, dio un respingo y se puso nervioso.

– ¿Desde dónde me llamas? – dijo Andrés.

– ¿Que más da eso? Te he hecho una pregunta -le dijo.

– Oye, siento lo que te dije hoy, ¿vale? ¿Es lo que necesitas oír? Lo siento. Pero no voy...

Iba a decir “no voy a seguir con esto”, cuando el tono de voz de su amigo cambió.

– Si, eso era lo que quería oír. Porque cuando te dije que había decidido olvidar lo que pasó, lo dije en serio. Quiero que esto nos salga bien, Andrés.

– ¿A qué te refieres?

– Lorimar, “men”. Esta vez sí. Tú y yo vamos a salir de este laberinto.

– Tío, no te enfades, pero es que hablas de Lorimar como si fuera un lugar real y... Y no lo hemos visto.

Su amigo hizo el sonido de una bocina.

– Meeeeeeeeeeeeek. Error. Lo hemos visto. Lo vemos cada vez que cerramos los ojos. Y sabemos cómo llegar hasta ahí. ¿O lo has olvidado?

– Si, si, ¡claro que lo he olvidado! No sé nada de lo que me estás hablando desde hace días, joder. Me limito a seguirte la corriente.

– ¿De verdad no sabes cómo llegar?

Su tono de voz era de una incredulidad absoluta.

– ¿Cómo se te puede haber olvidado el acontecimiento más importante de tu vida, colega?

– ¿Qué quieres que te diga? No lo sé. No sé por qué has vuelto, no sé por qué ahora. No sé nada. Y no sé cómo llegar hasta Lorimar.

– Tenemos que matar a tu hermano. ¿No te acuerdas?

Andrés soltó el teléfono y sintió que el corazón se le aceleraba y le golpeaba como si algo llamara a la puerta de su propio cuerpo.

– Además, ya ha vivido demasiado – dijo su mejor amigo- Veintisiete años de regalo.

Andrés se dio cuenta entonces de que había vuelto a olvidar una de las herramientas para convocar Lorimar: el martillo.

NOVIEMBRE DE 1991

El juego era siniestro para cualquiera que lo mirara desde lejos, pero desde dentro tenía todo el sentido del mundo. Se le había ocurrido al hermano de Andrés después de una experiencia traumática visionando por error “Al final de la Escalera”, película que con 11 y 13 años no deberían haber visto pero que encontraron por casualidad un día que su madre había salido a cenar con un ligue que tenía, o una especie de ligue que luego no llegó a nada, pero que entonces generaba mucho entusiasmo en la casa. No deberían haberla visto, pero la vieron porque estaba ahí, en la televisión, agazapada, esperando a que encendieran el mando. Decir que la habían “visto” es, en realidad, un pequeño eufemismo porque Andrés, en concreto, no consiguió terminarla de puro pavor. Tampoco consiguió irse a la habitación que compartían los dos hermanos el solo porque... Pelotas botando, buhardillas, cacofonía... Todo mal.

Pero su hermano sí la vio, fascinado por completo, y tuvo una idea. La idea era “ser fantasma es guay”.

Macabro desde fuera, todo el sentido del mundo desde dentro.

Le expuso la idea a Andrés con toda la claridad que pudo y a Andrés le dio un terror absoluto desde el minuto uno. Pero, con una racionalidad puramente infantil, aceptó la ecuación por la cual le daba miedo porque era “pequeño” (lo cual estaba maaaal) mientras que su hermano lo veía perfecto porque era mayor (lo cual era genial y servía, entre otras muchas y fascinantes cosas, para ver películas de miedo sin salir corriendo) Y la forma de pasar de ser pequeño a ser mayor no era la acción del tiempo, sino cumplir a rajatabla el plan fantasma.

Andrés no sabía que su hermano mayor iba al psicólogo porque le costaba distinguir las causas y las consecuencias, vivía en una realidad un poco separada de su propio cuerpo. Así que a veces cometía errores inocentes con consecuencias terribles. Si lo hubiera sabido, seguramente no habría aceptado jamás la propuesta y se lo habría dicho a su madre, que habría puesto orden en todo aquello y santas pascuas.

Pero no lo sabía, porque era pequeño y porque su madre consideraba que era una carga extra para un niño pequeño hacerse cargo de las cosas de mayores. Al menos aún no. En ese momento todavía no. Y nadie debería culparla (aunque lo hicieron). Vaya si lo hicieron, después todo el mundo tuvo una opinión sobre aquello, pero la tarde en la que la cuestión fantasma se

puso en marcha no había en la habitación de Andrés y su hermano mayor más que Andrés y su hermano mayor y, si todo era como su hermano decía, “las fuerzas sobrenaturales”.

Así que lo echaron a suertes.

Si salía cara, el encargado de hacer aparecer al fantasma sería su hermano. Si salía cruz, sería él. Tan sencillo como eso.

Tiraron la moneda al aire y salió cara. Así que el hermano de Andrés sólo tendría que blandir el martillo que reposaba en el suelo de su habitación contra la frente de Andrés, que le esperaba con los brazos abiertos, los ojos cerrados y muerto de terror.

Lo haría, Andrés moriría y volvería como fantasma. Sería G-E-N-I-A-L.

Pero Andrés no era capaz de asumirlo, así que las tres veces que su hermano se le acercó para golpearle le pidió que parara. Los martillos hacen daño y hacer daño está mal. Eso lo tenía muy claro. Así que, para no jorobar a su hermano, le propuso buscar alternativas que no hicieran daño. La idea, aunque no le parecía perfecta, sí sonaba lo suficientemente bien como para llevarla a cabo. Pero el hermano de Andrés sabía que su hermanito pequeño no sería capaz de hacer nada porque era un cagón, ni en un millón de años se atrevería a ninguna solución chula, porque no entendía nada, en realidad. Era demasiado pequeño. Ni siquiera había sido capaz de entender la película y sus enseñanzas.

Por eso se levantó, se metió los dedos en la boca y los chupó como si fueran un chupa-chups, haciendo un ruido como de pedorreta que hizo que Andrés se riera como un loco, y luego se los sacó y los metió en el enchufe dónde normalmente tenían enchufado el cassette con el que escuchaban los cuentacuentos por la noche. “Gobolino, el gato de bruja” era su favorito.

Se escuchó un chispazo, se apagaron las luces de toda la casa y el hermano de Andrés se sentó en el suelo, como un muñeco que en vez de recargar la batería, se hubiera quedado sin ella de repente. Andrés se estaba riendo con la actuación pedorretil de su hermano y no se dio cuenta de que estaba mirando a la nada y soltando una especie de baba por la cara, tampoco notó hasta un poco después que tenía los dedos negros y se había hecho pis.

Cuando lo hizo, empezó a llorar a pleno pulmón, pero su madre tardaría todavía una hora y pico de volver del trabajo en la oficina, así que tuvo tiempo de llorar todo lo que tenía que llorar, asustarse todo lo que tenía que asustarse y luego confiar con todas sus fuerzas en que la idea de su hermano, por mala que le pareciera allí a oscuras, por intensa que fuera la sensación de que, aún estando los dos en esa habitación, en realidad Andrés estaba sólo, por fuerte que fuera todo aquello, debía ser cierta.

Así que cuando se madre llegó a casa, comprobó los plomos y entró en la habitación de sus hijos ya regañándoles por el pasillo, lo que vio fue a su hijo mayor electrocutado tendido en

el suelo y a su hijo pequeño, con los ojos rojos e hinchados de llorar que le dijo: “Tranquila mamá, ahora viene el fantasma”.

No estaba muerto. A pesar de todo – y quizás por eso no apareció fantasma alguno, o así procesó Andrés la primera fase de todo aquel episodio – la descarga no le había matado, pero sí estaba en coma.

Andrés se acostumbró a acompañar a su madre al hospital, a estar con ella al lado de la cama de su hermano, sin hacer nada, mirando su cuerpo quieto, mientras su madre lloraba desconsolada. Las primeras veces estaba asustado y no quería entrar, después estaba sobrecogido por la quietud y la incompreensión. Su hermano no estaba muerto, pero no estaba allí. No estaba muerto, pero no sabían cuando iba a volver.

En el colegio todo el mundo le miraba de una forma extraña en la que se mezclaban la lástima, la curiosidad morbosa y el miedo. No lo niños, ni las niñas. Los adultos. Sus iguales en edad jugaban con él con normalidad, o no sabían o no entendían o les daba lo mismo.

Iba también a un psicólogo que le hacía jugar con cosas, le preguntaba cómo estaba y le hacía sentir cómodo y tranquilo. Su madre, por el contrario, no le hacía sentir ninguna de esas cosas porque no paraba de llorar o estaba nerviosa todo el rato. Especialmente cuando iba al psicólogo. Insistía en saber lo que habían hablando, cómo lo habían hablado y, sobre todo, qué se había dicho de ella. Luego le abrazaba y le pedía por favor que no tuviera todo aquello en cuenta, que lo sentía mucho, etc, etc.

El hospital empezó a resultar aburrido a partir del tercer mes, una obligación con la que había que cumplir, pero que ya no le reportaba nada, ni miedo, ni sobrecogimiento. Su hermano estaba igual que la semana pasada y que la anterior, la silla en la que se sentaba era incómoda y no se podía jugar. Pero “había que ir” así que su madre le dijo que, si quería, podía marcharse al pasillo. Su madre también estaba mejor. Las preguntas sobre el psicólogo cesaron, el propio psicólogo empezó a parecerle aburrido (y, con el tiempo, desaparecería de su vida)

Conoció a su mejor amigo imaginario uno de esos días aburridos de hospital. Estaba sentado a su lado en una de las sillas del pasillo. Era un poco absurdo, pero Andrés había cambiado una silla por otra y, con eso, todo parecía más divertido. Ahí fuera podía jugar con los Gijoes.

– ¿Es el comandante Cobra? – le dijo aquel niño de ojos negros y jersey de rallas, que no parecía enfermo en absoluto – Yo tengo a Ojos de Serpiente.

Andrés también lo tenía, era la pieza más sonada de su colección junto con “Sombra”, el ninja de uniforme blanco. Los ninjas era, objetivamente, lo mejor del mundo. Al parece, Ojos de Serpiente y Sombra eran familia, pero unos trabajaban para los buenos y otros para los malos. Ese detalle le fascinaba.

Cómo única respuesta, Andrés le enseñó al chico su puño, en el que se había dibujado con rotulador el símbolo ninja. Una especie de rayas similares a un código morse. El chico le sonrió y le enseñó su propio puño con su propio símbolo. Espectacular. En ese momento se hicieron amigos inseparables. Por eso la siguiente pregunta del chico no le asustó, sino que le pareció un toque de curiosidad en una amistad recién solidificada por los puños-ninja.

– ¿Crees que tu hermano se va a morir?

Andrés no lo había pensado. Se encogió de hombros. Entendía que estaba en algún punto entre vivir y morir y que, en principio, se iba a quedar ahí.

– Si se muere no te podrá contar lo que ha visto.

– ¿Dónde? – Dijo Andrés.

Su amigo imaginario se llevó un dedo a la cabeza.

Andrés fue a decir algo, pero ahí ya no había nada. Su mente llenó el hueco. Se habría despistado y su amigo se habría ido con sus padres. Se quedó pensando en lo que le había dicho.

Esa tarde, en su casa, le estuvo dando vueltas a aquello y, por primera vez en su vida, se puso a dibujar. Dibujó cosas normales, caballos, una casa, a su madre, el sol y se sintió muy bien al respecto.

– ¿Crees que mi hermano está en un sitio?.

Andrés no pensaba que su amigo y él fueran a encontrarse nunca más, pero lo cierto es que cada vez se veían más a menudo. Le hablaba de él al psicólogo y el psicólogo le decía que era normal y que ya se iría si hacía falta, que no se preocupara y que muchos niños tenían amigos imaginarios. Así que quedaban. Quedaban en el hospital, en el recreo y en el sitio favorito de Andrés, un parque cercano a su casa con una colina y una encina gigante a la que se subían para charlar y ver la ciudad desde allí. Hablaban de ninjas, dibujaban, inventaban historias... Y también elaboraban hipótesis sobre su hermano.

La hipótesis de su amigo imaginario es que su hermano había ido al sitio dónde habría Andrés si le hubiera “dejado salir” con el martillo. Usaba esa expresión siempre, “dejado salir”, cómo si estuvieran atrapados en un sitio y así pudieran escapar. Andrés dibujaba cómo sería ese lugar, una tierra perfecta: el sitio dónde ahora estaba su hermano.

Todo se habría quedado así, en ese juego infantil, si no hubieran pasado cuatro cosas. Dos buenas, una que era buena y mala, y una mala. Todas en el plazo de seis meses.

La primera cosa, que era una de las tres cosas buenas, es que un día los médicos llamaron por teléfono a su madre, que se puso muy contenta y le dijo a Andrés que tenían que ir al hospital

corriendo. Cuando llegaron fue un poco decepcionante para Andrés, porque en realidad no estaba pasando nada de nada. Su hermano seguía tumbado, inmóvil, en el sitio dónde ahora vivía. Pero los médicos decían que estaba mejor, había unas rayitas que le medían las ondas del cerebro (otra prueba más de los poderes heredados de su hermano por las fuerzas sobrenaturales) y que decían que estaba volviendo. O al menos que podría volver. A su madre le hacía una ilusión tremenda. Y cuando estaban allí, pasó algo realmente alucinante. Su hermano, de pronto, habló.

Dijo “Lorimar”.

Los médicos dijeron que era normal que en un estado de coma pudieran decir palabras sin sentido aparente, no era algo raro. Pero Andrés sabía que no era eso. Su hermano le estaba diciendo el nombre del lugar en el que estaba, así que esa tarde se fue a casa y lo intentó dibujar. Pero por primera vez no le salía. De pronto, se había vuelto... Más real, y al hacerse más real se había vuelto más difícil de imaginar. Así que, en su frustración, sólo le salió una especie de laberinto.

Sin embargo, a su amigo imaginario le pareció perfecto. Una definición maravillosa, no del lugar al que iban, sino del laberinto que tendrían que sortear para llegar. Un laberinto cuyas paredes no se veían a primera vista porque estaban.... Se volvió a señalar la cabeza con el dedo.

La segunda cosa buena es que su hermano volvió a hablar, pero esta vez lo hizo con números. Cuatro series de números. Los médicos insistían en que aquello no era raro (aunque tenían que reconocer que quizás un poquito raro sí que era, desde luego a Andrés no se lo confesaron jamás, pero era muy evidente lo que estaba pasando para quien sabía verlo)

Andrés pasó su décimosegundo cumpleaños sin su hermano, pero en compañía del regalo que más había deseado nunca. Su madre se lo compró con la certeza de que la afición le duraría dos minutos, pero con la certeza también de que había sido el peor año de su corta vida y si le hubiera pedido un pony, le habría regalado uno con alas. Pero no, Andrés sólo quería una calculadora de las de mayor. Una específica que le había indicado su amigo imaginario. Una que tenía un botón naranja para hacer números factoriales. Una con la que iban a decodificar los números de su hermano.

Desde fuera podría parecer que Andrés era un niño solo que jugaba a generar números con su calculadora. Sin problemas. Mejor, porque así le dejaban en paz. Era un niño solitario y factorial, a tope con eso.

Pero desde dentro su amigo y él habían llegado a la siguiente conclusión:

03/20/19
08/19/92
05/19/96

06/20/49

Que no era perfecta, porque hasta dos meses después de su conclusión en el calor de agosto, no se dieron cuenta de que, en realidad, los números eran fechas. Marzo de dos mil diecinueve, agosto de mil novecientos noventa y dos, abril de mil novecientos noventa y seis y junio de dos mil cuarenta y nueve.

Lo descubrieron porque en agosto pasó la tercera cosa, buena y mala.

Su hermano despertó.

Y estaba bien. Le dieron el alta entre llantos y alegría desbordante. Al verle, la mezcla de sentimientos de Andrés no le permitía identificar si aquello estaba bien, mal o regular. Si la vuelta de su hermano era buena o no. Se alegraba de verle y, a la vez, no sabía cómo hablarle. Dormían juntos en la misma habitación, pero él estaba allí como un extraño (“cómo un fantasma” – pensó Andrés alguna noche). No recordaba nada de lo que había pasado y, desde luego, no recordaba nada de Lorimar.

Aquello enfadaba a Andrés, pero no era nada con cómo se ponía su amigo imaginario. No sólo su hermano le había arrebatado la posibilidad de ir él a aquel sitio fantástico para siempre y escapar, sino que encima ahora, lo negaba todo.

– Seguro que duerme como un bebé – decía mirando a la nada desde la copa de la encina dónde aún jugaban.

Y así era. El hermano mayor de Andrés, a pesar de que ahora parecía más pequeño que él, tenía un aparente miedo de todo, no quería salir de casa y no hablaba prácticamente nada. A pesar de todo ello, era cerrar los ojos, empezar a soñar, y se le dibujaba una sonrisa de oreja a oreja.

Andrés empezó a ir mal en el colegio por las horas que pasaba despierto de madrugada, mirando a su hermano sonreír, canturrear y murmurar con todas las maravillas que le había dado Lorimar. No entendía, y eso terminaba por sacarle aún más de quicio, porque había vuelto. Porque NADIE querría volver. Y por qué no le importaba haber perdido todo aquello alucinante que tenía. Y encima fingiendo que no se acordaba el muy mierdas. El muy asqueroso. Ni siquiera lo compartía con su hermano, que era quién tendría que haber ido, ¿o no?

Así que llegaron a una conclusión que era macabra desde fuera, pero que tenía todo el sentido desde dentro. Cumplieron todos los requisitos que se habían establecido. Escribieron lo que iban a hacer con el lápiz mágico en el cuaderno de dibujos de Lorimar, repasaron los cálculos de las fechas que indicaban que, efectivamente, la salida a Lorimar se haría en agosto de 1992 y empuñaron el martillo.

Más o menos.

– ¿Entonces tú no vienes? – le dijo Andrés a su amigo mientras bajaban del árbol.

Le explicó que no podía, que sólo él podía verle.

– Pero, entonces – la lógica era aplastante – ¿tú no vienes a Lorimar?

El chico sonrió, con una sonrisa dulce y llena de una convicción aplastante.

– Claro que iré. Si tú vas, yo voy. Estaremos juntos.

Aquello tenía sentido.

Así que Andrés fue a su casa, esperó a que su madre hubiera salido a comprar algo y, sin mediar palabra, se metió en la habitación que compartía con su hermano. Lo mejor, “pensó”, sería hacerlo sin detenerse y sin dar explicaciones.

El chico le miró, estaba leyendo un tebeo del Juez Dreed, en silencio, como siempre. Andrés levantó el martillo sin que le temblara el pulso, lleno de convicción. Y entonces lo vio: un brillo de terror relampagueando tras los ojos de su hermano, que lejos de defenderse pegó un grito, una especie de “no” lleno de lágrimas y, acto seguido, se tumbó en el suelo hecho un ovillo. Se había meado encima.

Andrés se quedó paralizado, con el martillo alzado. Y reaccionó con un gesto imbécil. Le hizo a su hermano una especie de “boo”, como un fantasma, para convertir su agresión criminal en una broma. Para creerse el mismo que aquello era una broma. Pero su cuerpo, su piel, sus nervios, la velocidad de su corazón, le decían que aquello estaba muy lejos de ser una broma.

Y ahí pasó la cuarta cosa mala.

No le dijo nada más a su hermano. Ni siquiera se preocupó de si estaba bien. Reaccionó como quien tiene una mosca estorbándole, con un manotazo. Pero ese manotazo, se dijo (le explicó así una tarde al psicólogo cuando racionalizó todo aquello) se lo tenía que dar “a la mosca que tenía en su cabeza”.

Salió de casa. Camiseta corta de color blanco, pantalones cortos azules, una mochila con el cuaderno, la calculadora y el lápiz mágico y el martillo en la mano. Tardó media hora en llegar al parque, donde le estaba esperando su amigo imaginario. Era por la tarde, pasadas las ocho, pero aún con el sol sin esconderse. No había, sin embargo, nadie por la zona. Era verano, muy avanzado el mes de agosto. Estaban solos.

Su amigo le vio llegar, se puso de pie y le preguntó por lo que había pasado sin la más mínima preocupación, alegre incluso. Y Andrés levantó y descargó el martillo.

Un golpe. Otro. Otro. Otro. El chico le seguía mirando con los ojos vivos, alegres, sin entender, sin defenderse. ¿Qué pasa? Pero, Andrés, ¿qué pasa? ¿Qué es lo que pasa? ¿Ya no somos amigos, Andrés? Andrés, lo siento mucho, siento si me he equivocado con algo, te pido perdón, perdón en serio, Andrés. De verdad lo siento mucho...

Luego los golpes le deformaron tanto la boca y la cara que sus palabras se convirtieron en el murmullo de una masa sanguinolenta. No estaba hecho totalmente de carne, músculo y huesos. Sino que por dentro parecía tener una especie de plástico recubierto de piel. Como un muñeco enorme.

Andrés le golpeó hasta que no le quedaron fuerza en los brazos y luego chilló con toda la fuerza que pudo reunir su cuerpo. Un grito que le llevó a la ronquera, hasta perder todo el aire y los pulmones. Luego le agarró de los hombros y le golpeo contra el suelo de tierra. Su amigo no se movía. Andrés tampoco. Recuperó el aire en los pulmones y se puso a excavar con las manos a los pies de su encina favorita. El suelo estaba sorprendentemente blando y accesible para sus manos desnudas. A pesar de eso se dejó los nudillos raspados y llenos de sangre. Le dolía, pero le daba lo mismo. Iba a acabar con aquello de una vez por todas.

Cuando terminó de cavar y el agujero era la suficientemente profundo, ya era de noche. Cogió a su amigo y lo tiró al agujero. No se movía. Sacó las cosas de la mochila y las echó también. La última el martillo. Estaba lleno de polvo. Todas menos el lápiz. No fue capaz de tirarlo. Era el que usaba para dibujar. No quería dejar de dibujar.

Tardó bastante menos en volver a tapar el agujero y que pareciera que allí no había pasado nada. No se preocupó de si el cadáver de su amigo iba a empezar a oler o no. Sabía que igual que nadie les había visto juntos jamás, nadie le encontraría después. Los amigos imaginarios no huelen a nada.

Después volvió a su casa parando en una de las fuentes del barrio, allí se quedó en calzoncillos y se lavó de arriba a abajo. Hacía tanto calor que para cuando llegó a casa estaba prácticamente seco. Eran las diez y media. Su madre le regañó, pero no estaba especialmente preocupada. Lo normal es que en verano Andrés andara por la calle hasta tarde. Sin embargo esa noche su hermano estaba raro. Se había hecho pis, le dijo su madre.

– Se habrá acordado, mami – dijo Andrés.

Su madre suponía que sería eso.

Esa noche, cuando Andrés y su hermano se quedaron solos en su habitación, Andrés salió de su cama y se metió en la de su hermano.

– Lo siento, lo siento, lo siento, lo siento...

Le abrazó. Su hermano le devolvió el abrazo y le sonrió.

– Me has dado un susto que te cagas – dijo.

Aquella sonrisa llenó de alegría a Andrés.

– Me has salvado – le dijo su hermano.

Andrés no entendía de a qué se refería.

– Tenía algo dentro, ¿sabes? De cuando estuve malo. Y ya no está. Me lo he meado.

Se rieron los dos, como si hubieran compartido una travesura. No volvió a acordarse de Lorimar hasta cuatro años después.

UN MOMENTO DE ABRIL DE 1996

Andrés colgó el teléfono muy despacio y se quedó mirando al gotelé blanco de la pared del hall. Al principio era como si le hubieran abandonado las fuerzas y estuviera fuera de la realidad, pero poco a poco fue volviendo, o más bien entrando, en el mundo real. Como una película de guerra cuando tiran una bomba y el sonido desaparece para simular el impacto, pero luego vuelve con más intensidad que antes.

Se levantó, fue a la cocina y abrió un armario. Dentro había decenas de bolsas de plástico apiladas como pequeñas bolitas de petróleo concentrado. Las guardaba su madre, supuestamente para usarlas después, pero nadie hacía nunca nada con ellas. Hoy tendrían un uso.

Agarró una y fue deshaciendo meticulosamente la bola hasta recuperar la forma de una bolsa como es debido. La agitó un par de veces en el aire con la mayor contundencia de la que fue capaz para que se hinchara como un globo y acto seguido se fue a su habitación.

Entró, arrancó un póster horizontal que representaba el escenario en el que Nirvana había grabado el “Unplugged”, cogió una goma elástica de una mesa llena de papeles desordenados y dibujos a bolígrafo y se sentó en el suelo entre dos camas, la de su hermano y la suya.

Estaba llorando, pero no quería que nada le despistara, ni siquiera su propia desolación.
NADA.

Cogió la bolsa y se la puso en la cabeza. Después, sin detenerse, cogió la goma de plástico y la pasó por la cabeza cerrando la bolsa de plástico a la altura del cuello. Se echó las dos manos a la espalda y se agarró a la parte de abajo de la cama.

Alicia había roto con él por teléfono después de un mes y una semana perfectos. Una decisión cruel e incomprensible. Hacía tan sólo tres días que le había regalado su lápiz mágico. Tres días. Tampoco le había dado ninguna explicación, pero las explicaciones sobaban. Ella no tenía intención de estar con él porque él era un niño imbécil que le había dicho todas las cosas que quería hacer con ella, que sabía como iba a ser su vida juntos. El dibujaría y ella, con su talento descomunal y su creatividad desbordante, escribiría los guiones de los tebeos que leerían millones de personas. Así lo habían decidido cuando tres días antes, tan sólo tres días. Se habían fumando un porro (el primer porro de Andrés, el único que fumaría en su vida, desde luego, porque su vida estaba llegando a su fin) y habían hablado de todo aquello, de sus planes, de la vida al completo. Y se habían besado y se habían metido mano a base de bien.

Todo aquello se había hecho pedazos con un llamada de teléfono y con ello cualquier futuro para Andrés.

Salvo uno.

Aspiro y inspiró de manera regular mientras proyectaba una palabra en su mente.

“Lorimar”

“Lorimar”

“Lorimar”

De pronto, escuchó algo que no esperaba. No se había hecho a la idea de cómo sería la entrada en Lorimar, pero desde luego no creía que fuera a ser precedida de la expresión... ¿“Estás gilipollas o qué te pasa”?

Era su hermano.

– Quítate eso, Andrés, que te vas a marear.

El plan era marearse como paso previo a morir.

– Si no te lo quitas tú te lo voy a quitar yo. ¿Es por Alicia?

¿Cómo sabía su hermano lo de Alicia? ¿Cómo era siquiera posible que él lo supiera si habían pasado apenas cinco minutos? Un torrente de pensamientos fluyó a toda velocidad a su cerebro provocándole el inicio de un dolor de cabeza. O quizás fueran los primeros efectos de la bolsa de plástico. ¿Cuanta gente sabía que Alicia iba a dejarle? ¿Por qué lo sabía su hermano

si su hermano era dos años mayor que él y, por tanto, habitaba una galaxia de madurez a varios años luz de la suya?

– Me lo ha dicho “el coñón”.

El coñón era uno de los pocos punkies que quedaban en el instituto y, hasta dónde Andrés tenía conocimiento, en la faz de la tierra. El coñón lo sabía antes que él. Una criatura de unos ciento veinte kilos, tripitidora, enganchada a las litronas y a pegarse con nazis, sabía que su novia, su primera (y única) novia, le iba a dejar antes que él.

Ahora quería morir, pero de vergüenza.

– Quítate eso, Andrés.

Su hermano le estaba tirando de la bolsa y haciéndole daño. La realidad volvió a enfocarse. Su hermano estaba frente a él con una galleta.

– ¿Quieres una galleta?

Andrés rompió a llorar y se abrazó a su hermano.

– ¿Dónde pensabas irte?

Andrés sabía perfectamente a dónde, pero no dijo nada.

Y luego, con el tiempo, lo olvidó.

MARZO DE 2019

... “Podrá tener servicio de Smart TV por un 46 euros al mes”

Andrés escuchaba la voz desde el auricular, pero no parecía procesar la información.

– ¿Señor Merino? – La voz insistía.

– ¿Quién eres? – Dijo Andrés, confundido.

– Cómo le he informado antes, soy Ricardo y le ofrezco una promoción para acompañar su servicio de internet y datos.

– Ya tengo internet – dijo Andrés, que seguía sin tener Internet – ¿Por qué quieres que mate a mi hermano?

– ¿Perdón?

Se produjo un silencio lleno de perplejidad.

Andrés colgó el teléfono. En la mesa estaban sus herramientas. El dibujo que indicaba la salida, la calculadora, el lápiz mágico, el cuaderno y el martillo.

Se quedó inmóvil, pensando. Luego llamó por teléfono de nuevo. Lo cogió Elena.

- ¡Hola amor! Dime.
- Oye, no voy a ir a cenar hoy, ¿vale?
- Sin problemas. ¿No te acuerdas que hoy era noche de chicas? He quedado con las del curro.

Andrés no se acordaba.

- ¿Estás bien? – dijo Elena
- Cansado.
- ¿Te sigue doliendo la cabeza?

Andrés cogió el martillo.

- La verdad es que no – dijo – pero estoy cansado.
- Pues haz por dormir, amor. Que duermes fatal. Anoche otra vez estabas súper revuelto. Me despertaste.
- Lo siento.
- Estabas diciendo números, ¿que te parece? Números al azar.
- No eran al azar.
- ¿Ah no? ¿Y de qué eran, te acuerdas?
- De cuando era pequeño.

Se quedó en silencio. Tuvo que ser ella la que hablara primero para despedirse. Andrés se quedó de pie en el salón, con el martillo en la mano.

Luego salió a la calle y se dirigió a la casa de su hermano. En su mente, el trayecto desde su casa hasta la puerta del portal de su hermano no había sucedido. Era como la elipsis de una película. En un momento estaba en el salón de su casa y en el siguiente se encontraba en el portal de la casa de su hermano. Un portal normal de un barrio normal, donde su hermano, un monumento de normalidad, vivía con su mujer y sus dos hijos. Lo más interesante de la vida de su hermano, que por lo que Andrés sabía era perfectamente feliz, es que una vez al año viajaba a algún país de nombre impronunciable a comprobar que unos conductos de gas que instalaba la empresa en la que trabajaba se estaban instalando como debían instalarse. Y eso era todo.

Allí parado, en la puerta de la casa, se dio cuenta de que había estado en esa casa a lo sumo dos veces en toda su vida.

Llamó sin pensar si era muy pronto o muy tarde. Al segundo timbrado lo cogió su hermano.

– Soy Andrés, ¿puedes bajar?

Se imaginó la conversación posterior con su mujer indicando, con muy buen criterio, que el raro de su hermano había vuelto a hacer una rareza de la suyas, cosa que su mujer parecía tener identificada desde que se conocieron a pesar de que Andrés no había hecho, hasta la fecha, nada especialmente raro (que pudiera saber la mujer de su hermano)

Se encontraron en la puerta. Su hermano bajó con un chándal de color gris y una sudadera con una mancha estupenda en el hombro. Vómito de su hijo más pequeño, al parecer.

– Perdona – le dijo Andrés – ¿Podemos hablar un momento?

Había dejado el martillo en el coche.

– Claro.

Pasearon. No hacía mal tiempo, una noche agradable, incluso.

– ¿Cómo estás? – le dijo Andrés.

– No lo sé. No me hago a la idea.

– ¿Pero es muy grave? ¿Cómo de grave es?.

Su hermano se quedó en silencio unos segundos.

– Los de páncreas son graves.

Volvió el silencio. Hasta Andrés, que era un poco hipocondríaco y hacía por no enterarse mucho con las enfermedades sabía que un cáncer de páncreas era de los más peligrosos.

– Pero me lo han detectado muy muy pronto. Dicen que se puede operar. Bueno, dicen que lo van a operar.

– ¿Has dicho ya algo en casa?

Su hermano negó con la cabeza.

– Ya sabes que no soy de hablar mucho. No quiero asustar a nadie.

– Ya, bueno, pero tienes que decirlo.

Su hermano no dijo nada. Siguieron andando en silencio.

– ¿Para qué has venido? ¿Para preguntarme esto?

Andrés se dio cuenta en ese momento de que , efectivamente, así era.

– Y para que sepas que estoy aquí.

– ¿Vas a buscar trabajo?

Su hermano era especialista en desviar balones de cariño con patadas de responsabilidad.

– Estoy en ello.

Su hermano se sonrió. Era el gesto de alguien que tiene un radar para las mentiras.

– ¿Te acuerdas alguna vez del coma? ¿De cuando estabas en coma?

– No pienso en eso.

– ¿Nunca?

– No. Es como si le hubiera pasado a otra persona.

Andrés suspiró. Su hermano se detuvo y le agarró por los hombros, era más alto y más grande que él.

– ¿De verdad no me quieres decir nada más?

Andrés negó con la cabeza mirando al suelo. Luego le miró a los ojos e insistió con firmeza.

– No.

– ¿Quieres subir a casa?

– Tengo que hacer una cosa.

Se dieron un abrazo y cada uno se fue en una dirección. Su hermano a su casa, a sus hijos y su mujer. Andrés a su coche, a su martillo.

Subió la ladera de la colina con tranquilidad, a pesar de ser de noche se veía perfectamente. Desde que fue allí cuando era pequeño, el bosque había cedido una parte de su espacio a unas grandes instalaciones deportivas con unos focos que se mantenían encendidos toda la noche (quién sabe por qué) y que llenaban la superficie del suelo y las copas de los árboles de una luz blanca intensa que intensificaba los contrastes.

Su amigo imaginario estaba allí, al final de la colina, sentado con las rodillas sobre la cara, aparentemente tranquilo. Se acercó hasta él y se sentó a su lado, con las luces a la espalda, si los vieras desde el inicio de la colina serían dos siluetas negras, recortadas contra la luz blanca artificial, iguales.

Pero desde cerca eran dos personas bien distintas. Una de ellas atractiva, morena, con los ojos grandes y negros, la piel perfecta y la ropa, elegante, que le quedaba como un guante. La otra

con sobrepeso, con entradas en un pelo antes lustroso que insistía en echarse hacia atrás cada año que pasaba, centímetro a centímetro hacia la calvicie.

Andrés no dijo nada cuando se sentó. Se quedó mirando a la ciudad. Sintiendo la enorme encina sobre él, con sus ramas como brazos casi siempre acogedores en los juegos de su niñez y hoy siniestros.

– La última vez no me dejaste hablar – dijo su amigo – Te agradezco el detalle.

Andrés siguió en silencio. Su amigo, sin embargo, empezó a hablar.

– Soy más viejo que entonces, los dos lo somos. Con la edad uno no se vuelve más tranquilo, sólo más torpe y desesperado. Lo confundís con tranquilidad porque las dos cosas se neutralizan, ¿sabes? Estáis más nerviosos, pero no podéis moveros lo suficientemente bien.

Andrés reconocía el sentimiento porque lo había sentido muchas muchas veces.

– Y cuando por fin se toma una decisión, hay tanto azar, tantas cosas que la vuelven imposible, que simplemente os quedáis quietos, esperando. Llenos de furia. Los niños se mueven más porque tienen menos miedo.

Andrés sabía exactamente de lo que estaba hablando.

– Quiero decir que no será cómo la última vez, ¿sabes colega? Porque he estado echando cuentas y me gustaría disfrutar de Lorimar. Y si esta vez no vamos, la próxima no podremos.

– ¿De qué cojones me estás hablando?

Andrés le miró a los ojos, sintió que lo hacía por primera vez y se sintió poderoso. El otro le sostuvo la mirada, había algo de fuego y de rabia tras sus ojos. Le sonrió, pero no con calma, sino con otra emoción que Andrés no supo enfocar.

– Tú hermano se va a morir en dos años. Y la puerta que abristeis se va a cerrar.

La tranquilidad con la que lo dijo evitó que Andrés le reventara la cabeza con el martillo en ese mismo momento.

– Tiene un cáncer de los que se salva tan poca gente que sería un auténtico milagro.

– No sería la primera vez – dijo Andrés.

Su amigo miró al cielo y se sonrió. Andrés pudo ver sus dientes, perfectos.

– Con cuarenta y dos años el cáncer se reproducirá a toda velocidad. He dicho dos años por ser amable. No creo que llegue a los ocho meses. Lo que digo – Habló sin dejar que Andrés

interviniera, cómo si tuviera un oxígeno infinito en los pulmones imaginarios – es que dentro de ocho meses te vas a empezar a arrepentir de lo que quieres hacer.

- No voy a matar a mi hermano.
- Y dentro de ocho meses, te vas a arrepentir.

Se volvieron a quedar en silencio.

– La próxima vez que nos veamos, ya no habrá puerta. Sólo estaré yo. Tendrás 70 años y ya no habrá ni rabia, ni fuerza. Pero yo estaré allí.

- ¿Es una amenaza?
- Es una certeza. Como he estado ahora. Yo respeto los números.

Lo dijo con un tono que escupía. Un tono que despreciaba. El tono de alguien que se creía superior no ya a Andrés, a toda la humanidad.

- No viniste en el noventa y seis.
- Demasiado pronto. Ahora tendré tiempo. Esto podría ser una historia muy bonita. Tu hermano, su mujer y sus dos hijos podrían acompañarnos cuando tomaras su vida. Su sacrificio nos llevaría a Lorimar y así ellos sabrían también que con un poco de suerte y un poco de determinación podrían salir de aquí.

Andrés intentó imaginarse la escena. La mujer de su hermano y sus dos hijos mirando como lo asesinaba a martillazos para arrebatarle...

- No le estarías arrebatando nada. Es tuyo. Lo decidió el azar. ¿Tampoco vas a respetar el azar? El azar es lo que va a hacer que esta noche tu mujer se encuentre con uno de sus compañeros de trabajo en un bar...

Andrés sintió un escalofrío de nervios.

- Cállate.
- ¿Tienes miedo? O respetas el azar para todo o para nada. No se puede elegir.

Andrés había escuchado suficiente. Le agarró por el cuello haciendo una llave. Sentía el cuerpo de su amigo tensarse y a él resoplar. Puso toda la energía que tenía en su cuerpo en los músculos de los brazos y vio como su amigo se iba poniendo azul, azul, cada vez más azul. Chilló por el esfuerzo, como un tenista al devolver una bolea a cientos de kilómetros por hora. Y se dejó caer hacia atrás.

Su amigo estaba sentado, con la cabeza ladeada hacia la izquierda en un gesto que le recordó a su hermano muchos años antes.

De pronto, el cuerpo inerte se volvió a mover y su amigo imaginario se dio la vuelta, azul y con los ojos inyectados en sangre por el esfuerzo, con la lengua morada, medio fuera de la boca. Y balbuceó.

– Si vas a hacerlo, hazlo bien. No tengo toda la noche.

Andrés tuvo un gesto reflejo y descargó el martillo en un giro horizontal que impactó sobre el ojo derecho de su amigo, que estalló dejando salir un líquido como flúor.

– ¡Hazlo bien!

Chilló su amigo poniéndose en pie. Andrés seguía tumbado contra el suelo.

– ¿Cómo puedes querer seguir aquí, colega? ¿No ves lo que va a pasar?...

Andrés se puso en pie lentamente.

– Vamos a morir aquí. En esta... mierda.

Lo dijo mirando su alrededor, con la lengua fuera y un ojo reventado.

– Todo lo que te digo tú ya lo sabes. Tú hermano va a morir. Antes de que cumplas los cincuenta Elena y tú os vais a separar. ¿Quieres más detalles? El trabajo nuevo que vas a conseguir te va a deprimir tanto que no vas a volver a dibujar y la siguiente vez que cojas un cuaderno habrás perdido pulso.

Andrés golpeó la cabeza de la criatura. Una, dos, tres veces. Su amigo se desmadejó ante él. Fueron tres golpes muy certeros.

– Cállate ya, hijo de la gran puta.

Le escupió. Y luego tiró de su brazo hacia el árbol. No se había dado cuenta, pero al entrar en la zona cobijada por las ramas, había ya un agujero preparado con las medidas adecuadas. La criatura sonrió. Aún no estaba muerta.

– Lo he preparado todo para que no te canses – le dijo.

Los siguientes tres golpes fueron, por tanto, en la boca, convirtiéndola en algo parecido a un muñón.

– He dicho que te calles.

Lo tiró al agujero y lo cubrió con arena. La piel hueca de cuando era niño seguía allí, llena de polvo y agujeros.

“Setenta” fue la último que oyó Andrés antes que la arena lo cubriera todo.

Se sentó en el suelo y empezó a llorar. En ese momento sonó el teléfono. Era Elena.

Andrés, con los ojos llenos de lágrimas y cubierto de polvo, barro y sangre, lo cogió.

– ¡Amor!-- Oyó.

Sonaba como un bar de fondo.

– Hola, cielo.

– Me he quedado preocupada con tu llamada de antes. ¿Estás bien? ¿Quieres que vaya a casa?

– Estoy genial

Las lágrimas le caían como a un niño pequeño, le desbordaban mocos.

– ¡Mira que temazo están poniendo en el bar, amor!

El sonido ambiente se incrementó. Sonaba “Be my Baby” de las Ronnetes.

“La noche que nos conocimos supe que te necesitaba
y que si tenía la oportunidad nunca te dejaría marchar”

Andrés, llorando, sintió que le venía la risa.

– Es un temazo – dijo – No te preocupes. Nos vemos en casa.

Colgó y se quedó allí, sentado, llorando, mirando a la ciudad.

Texto: Guillermo Zapata Romero, Licencia Creative Commons Atribución – No Comercial – Compartir Igual
Imagen de portada: W. H. Matthews, *Mazes and Labyrinths: A General Account of their History and Developments*; Londres: Longmans, Green & Co., 1922, vía Public Domain Review, Dominio público.
Tipo de letra: *Fanwood Text* y *Chunk*, The League of Moveable Type, Licencia Open Font
Diseño y maquetación: Ana Méndez de Andrés